

marse por un lado ó por otro, según la cantidad de los aluviones que se amontonan sobre las escarpadas orillas. Conocidos son los desastres que ha causado el Hoang-ho con sus cambios de curso: en medio del siglo XIX, por ejemplo, cesando de correr al Sudeste, se lanzó hacia el Nordeste, é inundó los campos, arrasó ciudades y se extendió en lagos y pantanos. Hay necesidad de restaurar, renovar incesantemente los diques y dejar á las aguas de crecida un cauce mayor excesivamente ancho; en ciertos sitios la distancia entre los diques no es menor de 22 kilómetros. Las ciudades ribereñas, rodeadas de murallas, acaban por hallarse como en el fondo de agujeros, á causa de levantarse gradualmente el suelo por arrastres fluviales. Kai-fong, la guardiana de la puerta de salida, es una de esas ciudades dispuestas en forma de pozo, á la que se baja por largas rampas, y donde las lluvias causan á veces inundaciones. Ha sido preciso construir nuevas murallas sobre las antiguas porque los depósitos exteriores de aluviones amenazaban enterrarlas¹.

Comparado al Hoang-ho, el Yang-tse es con mucho la corriente principal, tanto por la superficie de su cuenca como por la masa de las aguas; además contiene en el conjunto de sus vertientes una población más considerable, evaluada de una manera general en doscientos millones de individuos; pero, aunque siendo el «Gran Río» por excelencia, ha tenido indudablemente una acción menor en la formación del carácter chino. En la cuenca del Río Amarillo, sobre las tierras polvorosas del Hoang-tu y en las llanuras aluviales del Chansi y del Petchili fué donde los «Hombres de cabeza negra» se formaron en la civilización que les distingue; allí llegaron á ser esos maravillosos agricultores sin igual entre los pueblos; allí también adquirieron su equilibrio moral, sus virtudes domésticas, su carácter de infinita paciencia, casi de eternidad. El Río Azul sólo puede haber tenido sobre ellos una acción de orden inferior: estaban ya formados. Gracias al medio primitivo que les había dado una vida propia, aprendieron por progresos de toda clase á poder sustraerse parcialmente á la acción directa del mundo exterior; habiéndose constituido claramente su personalidad, el segundo medio no podía tener

¹ E. v. Cholnoky, *Petermann's Mitteilungen* 1889, I, p. 12.



PUERTA TÍPICA QUE HAN DE ATRAVESAR LOS FIELES ANTES DE PODER PENETRAR EN CIERTOS TEMPLOS

De una fotografía de M. A. Ular.

ya sobre ellos más que una influencia superficial: á semejanza de unas armas ya forjadas sólo podían recibir el pulimento. Más ricos, más industriosos, agrupados en ciudades más grandes, los Chinos venidos del Río Amarillo á las campiñas del Río Azul pudieron ganar en cultura, en gustos refinados, en lenguaje «florido»: se afinaron en ciudades tales como Nan-king y Hang-tcheu, pero todo lo que tienen de fuerte, de resistente y de duradero se lo dió la Naturaleza en las regiones del Norte.

Durante los cuarenta y dos siglos de su historia conocida, la nación china ha vivido agitada por incesante lucha relativa á la forma de la propiedad. Gracias á la larga evolución nacional, no hay país en el mundo donde pueda observarse de una manera más patente la preponderancia de los factores económicos en el desarrollo de la humanidad. La cuestión por excelencia es la del pan. Las variaciones del régimen agrícola y del derecho de los agricultores á la gerencia

de sus tierras, tal es el resumen de la verdadera historia de la «Flor del Medio». Los diversos acontecimientos políticos no son sino consecuencias naturales de ello ó simples incidentes.

En las primeras edades entrevistas, á la llegada de las «Cien familias», la tierra era de todos, y los colonos se establecieron en ella á su gusto, escogiendo el suelo que les convenía. Los documentos antiguos nos muestran los «hombres amarillos», — denominación que indica bien el carácter de la región colonizada, — exparciéndose con toda libertad sobre la extensión del suelo fértil que habían invadido; pero la naturaleza misma de los terrenos, cortados por barrancos y torrenteras de erosión en todos sentidos y dispuestos en un verdadero laberinto, obligaba en muchos sitios á los cultivadores á dividirse en grupos más ó menos considerables: tal habría sido la causa, según una hipótesis frecuentemente expuesta, que produciría la partición de los inmigrantes en «cien» familias ó tribus. En este país, naturalmente recortado, habría habido tendencia á la división del suelo en propiedades distintas, comunales, familiares y privadas, en tanto que más al Este, en las llanuras aluviales del Hoang-ho, incesantemente amenazadas por las crecidas fluviales, que corrían á un nivel superior al de las campiñas bajas, la propiedad se sostuvo mucho tiempo bajo su forma de comunidad nacional; entre todos los ribereños obligados á luchar juntos para defender ó reconquistar las tierras inundadas por los ríos, la solidaridad absoluta daba á todos la propiedad de la tierra y de los productos.

Pero la potencia imperial crecía sobrepujando la altura de las cabezas y se apoyaba sobre un círculo de consejeros y de cortesanos, gentes escogidas que se constituían en cuerpo privilegiado, de esencia superior á la nación, extrayendo cada uno su parte sobre las riquezas creadas por el trabajo de todos. El emperador y los grandes se reservaron extensísimos territorios en el campo nacional, y como consecuencia el régimen de las apropiaciones entró en conflicto con el de la propiedad comunal, estableciéndose gradualmente un conjunto de condiciones económicas análogo al que prevaleció en la Europa occidental después de la caída del Imperio romano: los campesinos continuaron trabajando en común, pero la parte de los productos que se les dejó no fué sino la porción estrictamente nece-

saria para su sustento, reservándose para los señores feudales la mayor parte de la cosecha. Treinta y un siglos antes de la época actual, la China estaba dividida en feudos ó subfeudos, cuyos habitantes, reducidos á servidumbre y generalmente distribuidos en grupos de ocho familias, conservaban las antiguas formas de la comunidad, celosamente vigilados por sus amos: realmente, la comunidad, aunque oprimida y metódicamente despojada, no dejaba de persistir, constituyendo un pequeño universo ó cosmos, un *mir* semejante á los de Rusia: conservábase un resto de solidaridad comunal y territorial, como se conserva el rescoldo bajo la ceniza del hogar.

Todavía se ven en muchas partes de la China y en las comarcas que tomaron por modelo la civilización china, especialmente en Corea, bajo un régimen feudal, algunas huellas de esa organización comunista¹, pero las guerras intestinas, las emigraciones interiores y el desarrollo de la población modificaron el equilibrio existente, y hacia el siglo IV antes de la era vulgar se había operado una transformación general en el régimen de la propiedad: la mayor parte de las tierras habían cambiado de propietario y el modo de apropiación se había desprendido de las formas feudales. Los dueños del suelo le poseían ya sin condiciones, y los campesinos, á quienes se había despojado hasta del terreno donde hubieran podido «plantar un alfiler», no tuvieron más recurso que la esclavitud. Sin embargo, se rebelaban con frecuencia: la guerra civil era permanente, y, según las alternativas de las revoluciones, los campesinos, pegados al suelo nutritivo, lograban á veces retener un girón de él. Por otra parte, el soberano tenía interés en aproximarse al pueblo para no hallarse luego á la discreción de los grandes propietarios, y el emperador Wangmang, contemporáneo de Augusto, osó un día reivindicar la posesión de la tierra para él solo, lo mismo que el derecho de repartirla con equidad. En lo sucesivo ningún súbdito podía poseer un espacio cultivable superior á un *tsin*, unas seis hectáreas, ni mandar á más de ocho esclavos varones: era precisamente el número de los antiguos grupos de comuneros agrícolas. De ese modo la tierra se hallaba distribuida en proporción de las necesidades; pero los man-

¹ Zakharov, artículos en *Arbeiten der russischen Gesandtschaft zu Peking*, Berlín, 1858.

darines, que también eran propietarios, no pensaron en despojarse de sus propiedades, y el régimen del monopolio del suelo se restableció después de una desaparición aparente. La voluntad de lo alto no pudo cambiar el curso de la historia: semejantes revoluciones necesitan la voluntad unánime del pueblo y la plena conciencia de su derecho, apoyado sobre su propia fuerza.

Desde aquella época, la lucha por la posesión del suelo ha continuado siempre con éxitos diversos y bajo mil formas, sociales ó políticas; jamás ha cesado de ser la causa profunda de todos los grandes acontecimientos que se han realizado en el Imperio del Medio. No podía ser de otro modo, puesto que la agricultura es el trabajo casi exclusivo de la población y todas las industrias no son sino simples anejos de la agricultura. Compréndese que con su inmensa democracia agrícola, la China asigne el primer rango á los trabajadores de la tierra, ó al menos no permita que pasen antes que ellos más que los letrados, porque todos acatan el saber con el mayor respeto. Dice una máxima china, frecuentemente repetida, que el Estado sufre una enfermedad profunda cuando el hombre no labra su campo y cuando la mujer no se dedica á todos los cuidados domésticos. Según una leyenda popular que atestigua la conciencia que de su alta dignidad tienen los labradores chinos, el Emperador Chun, personaje mítico de que todavía se habla con veneración en todas las cabañas, era un campesino, y, aunque ocupando el trono, había vivido del trabajo de sus manos.

El padre jesuita Du Halde, hablando de ese emperador campesino, que considera como personaje que realmente ha vivido, afirma cándidamente que la nación china toda entera gusta del cultivo del suelo deseando imitar el noble ejemplo del agricultor coronado. Teoría es ésta digna de los cortesanos del Rey-Sol. No comprende el historiador católico que Chun no es otra cosa que la personificación imperial, divina, del pueblo sembrador y segador de trigo. El hecho es que, por su íntima unión con el suelo, los labradores del Reino Florido han logrado triunfar en gran parte de los obstáculos que les oponían los parásitos, conquistadores y mandarines. La fiesta de la Labranza, que el Hijo del Cielo celebraba antes al fin de Marzo, en la cual, vestido de campesino, labraba tres surcos, simboliza ese



EL CULTO DE LOS ANTEPASADOS

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

triunfo parcial del pueblo sobre sus amos: las espigas recolectadas sobre aquel campo se ofrecían en homenaje á los dioses como un don del pueblo.

El aspecto general de las comarcas de la China sometidas al cultivo desde hace dos, tres ó cuatro mil años, atestigua la fuerte disciplina que los agricultores han impuesto á la tierra y á sus habitantes, plantas y animales. Los paisajes son ciertamente muy diferentes en la actualidad de lo que eran en los tiempos primitivos. Han desaparecido de casi toda la China los grandes animales salvajes: ya no se ven allí elefantes ni leones; el tigre no se deja ver más que en las provincias exteriores, la Mandchuria y el contorno de la cuenca del Tarim, por ejemplo, y el rinoceronte no se ve sino en el alto valle del Si-kiang, donde grandes bosques, casi desiertos, se extienden á lo lejos hacia la Indo-China. Así también falta casi

por completo desde hace siglos la flora arborescente espontánea en las provincias populosas. Las villas que vigilan el buen estado de los campos no toleran la aparición de las hierbas ni de los arbustos silvestres, y con mayor motivo desarraigarian los árboles que brotasen en aquella tierra removida ya diez mil veces desde los primeros tiempos de la colonización. Los árboles no eran y no son tolerados más que alrededor de los cementerios, donde los campesinos se abstienen de cortar ramas: la tradición les prohíbe tocar esos bosques sagrados, exceptuando en los cambios de dinastía. En los distritos donde los Chinos carecen de combustible, perdieron hace mucho tiempo la costumbre de calentarse: en invierno se contentan con vestidos dobles y con el uso de lanas y pieles.

En otras partes, por el contrario, las poblaciones del Extremo Oriente se han anticipado con mucho á los Occidentales: la utilización de la hulla data en China de tiempos inmemoriales; en la alta cuenca del Yang-tse existe un importante servicio de barcos dedicado al comercio hullero¹. En Mandchuria se han encontrado antiguos trabajos de excavación por pozos verticales que denotan un alto grado de desarrollo técnico.

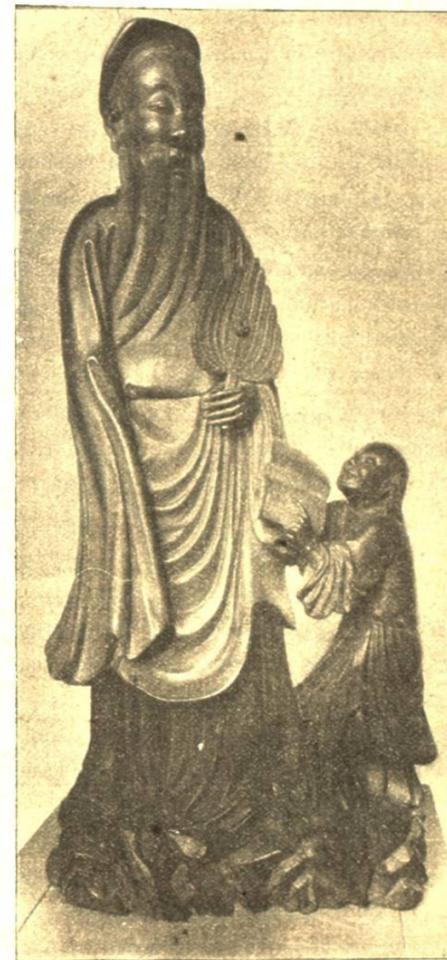
Las construcciones chinas se resienten claramente de la influencia ancestral del nómada, y demuestran de qué modo una supervivencia de formas se asocia á una diferencia de interpretación. Al dejar un medio por otro, el emigrante lleva siempre consigo objetos cuyas formas responden á cuanto le rodeaba anteriormente, pero que cesa pronto de comprender en los nuevos horizontes que le rodean. Sin embargo, el hombre no queda sin explicación, verdadera ó falsa, de todo lo que ve en su rededor, con mayor motivo cuando se trata de una cosa fabricada por sus manos siguiendo una rutina tradicional. Así, los ángulos de las tiendas mongolas, encorvadas por los pesos de los fieltros ú otras telas empleadas, se dibujaban en el aire formando una elegante curva que se explicaba por sí misma; pero cuando los nómadas se convirtieron en residentes y las tiendas fueron reemplazadas por casas de madera ó de porcelana que representan la misma graciosa curva en los cuatro ángulos del techo, se olvidó el

¹ Isabella L. Bishop, *Journal of the R. Geographical Society*, 1897, II, p. 12.

motivo primero de esa forma arquitectónica. ¡No importa! no se creó una nueva: las ondulaciones misteriosas del *feng-chui*, es decir, «los vientos y las aguas aéreas», se deslizan suavemente á lo largo de las curvas de la casa.

El paisaje chino ofrece, pues, un carácter artificial, reproducido ingenuamente por las pinturas, las porcelanas y los esmaltes. Sin embargo, los Chinos, muy prosaicos en apariencia y muy poéticos en el fondo de su alma, profundamente encariñados con aquella naturaleza delicada, tratan de embellecerla aún con paseos sinuosos, puentes artificialmente rústicos, macizos de flores raras y árboles minúsculos. Sus poesías celebran principalmente la agricultura, los arroyos, la lluvia, los vientos, las nubes, todas las fuerzas que concurren á la germinación y al crecimiento del grano nutritivo, pero esos cantos están siempre matizados de melancolía, acompañados de discretas quejas. Gracias al trabajo, á ese trabajo

que conserva sana el alma y la libra del pesimismo, que es la enfermedad de los ociosos, los Chinos han conservado la fuerza de la



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

HUIEN-HUIEN Ó DIAN-DJIN
DIOS DE LA ALQUIMIA EN TRAJE DE LETRADO

acción, invencible y tenaz, pero no escapan á la tristeza que se eleva de una naturaleza mutilada¹.

La constitución de la familia china corresponde exactamente á la de la propiedad: las costumbres provienen sobre todo de la forma de apropiación del suelo, y, por consecuencia, se hallan indirectamente determinadas por la naturaleza del medio geográfico, montañas, ríos y la repartición de las tierras arables. El territorio comunal y el territorio familiar, por los cuales lucharon rudamente y luchan todavía los agricultores, no pudieron conservarse contra señores y emperadores más que por la indisoluble unión de todos los interesados, y la familia se desarrolló poderosamente, ante todo como órgano de defensa y se convirtió en la molécula inicial de la nación. El Imperio todo, comprendiendo cientos de millones de hombres, fué considerado como una prodigiosa familia que hubiese adoptado, en su conjunto y en sus partes, el tipo de una explotación agrícola. Los mismos Chinos lo comprendieron así desde las primeras edades, porque, en su escritura ideográfica, el signo que representa el gobierno tuvo el « Agua corriente » por sentido primitivo.

La fuerte constitución de la familia, tipo de la nación china, no permite la existencia ó al menos la persistencia del celibato. Sobre este punto no hay transacción: el consejo comunal pide explicaciones al padre del joven que no ha tomado mujer á la edad de treinta años; á veces se digna aceptar excusas acompañadas de multas, pero pasados los treinta años el matrimonio es forzoso; la joven de veinte años cumplidos es designada de oficio, sin rebeldía posible. El objeto á que han de tender todos es la perpetuidad de la familia: es preciso á toda costa tener continuadores respetuosos de la descendencia de los antepasados. Por lo demás es necesario, en toda circunstancia, referirse á los abuelos, que simbolizan la duración y persistencia de la posesión del suelo, la ocupación no interrumpida del territorio nutricional. El hijo ofrece un espontáneo homenaje á su padre y á sus abuelos de todas las buenas acciones que pueda haber hecho, de todos los méritos que se le reconozcan; si se ha ennoblecido, su título pasa de oficio á toda la familia ancestral.

El *feng-chui* que, durante este siglo, por parte de los Europeos, ha dado lugar á tantas discusiones con el gobierno chino, depende

¹ Hervey de Saint-Denys.

en gran parte del sentimiento de respeto que los Chinos tienen por sus ascendientes. Imaginándose que los antepasados no se han fijado absolutamente al antiguo hogar doméstico y flotan á la ventura en el viento, los vapores, la niebla y la lluvia, los piadosos labradores tienen empeño en

conservar la tierra en su estado primitivo, temiendo que una modificación cualquiera en el aspecto del paisaje, en la dirección de las aguas ó en la de las corrientes aéreas perturbe la quietud de los espíritus.

El triunfo de la familia agrícola había de producir la constitución de la comunidad y aun del Estado sobre el modelo de la célula inicial. La independencia comunal se ha conservado muy firme en los grupos de campesinos. Cada ciudad se constituye en municipio donde todos los jefes de familia toman parte en la elección de un

representante, escogido casi siempre entre los agricultores; es un alcalde que desempeña á la vez las funciones de notario, escribano, tesorero, árbitro en las disputas, agente de las vías de comunicación, intendente de los cultivos y guardián de los sepulcros; todos sus ayudantes, guardias campestras, agrimensores, ó escribanos, son nombrados



Bronce del Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

KONG-FU-TSE EN TRAJE REAL
(Véase pág. 88)

también por los jefes de familia. Las pequeñas aglomeraciones urbanas sólo tienen un consejo municipal, en tanto que en las grandes ciudades hay tantos como barrios; cuanto más importante es una ciudad, más se debilita la autonomía comunal por la intervención del gobierno en las elecciones.

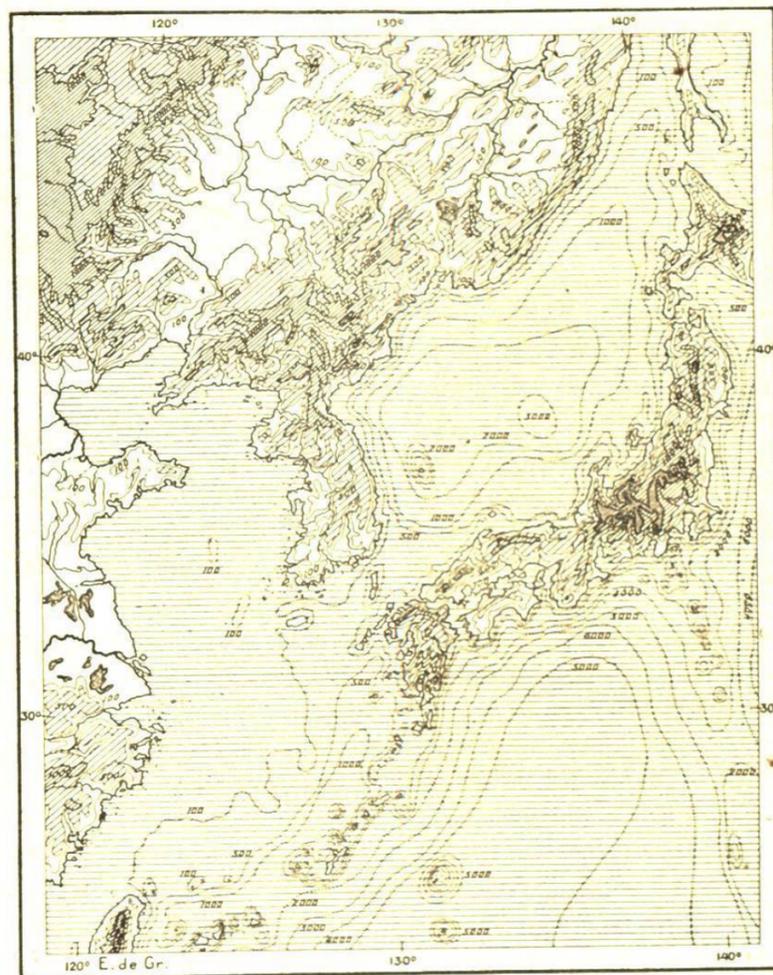
La lógica de las ideas hubiera de haber exigido que el voto de los jefes de familia fuera también el origen del poder para la organización de las provincias y del Estado. Ya lo es en teoría, y en todos los tratados que desde Confucio se han escrito sobre «el arte de gobernar á los hombres», el Emperador es representado siempre como el «Padre y la Madre» de la gran familia china, la cual, más de dos mil años antes que los San-Simonianos, tenía su *Ma-ba* que, en sus plegarias públicas y en sus proclamas, no dejaba de insistir sobre la responsabilidad absoluta que le impone la felicidad de su pueblo. Cada uno de sus malos pasos, nos dice, puede perturbar el imperio, cada uno de sus malos pensamientos puede corromper el universo. Todo desastre nacional le obliga á acusarse públicamente, mas, por una contradicción únicamente permitida á un personaje de tal importancia, no es él quien se suicida en las desgracias comunes, sino sus generales y sus ministros. Por último, hace ya mucho tiempo, según dice Du Halde, «el gobierno no subsiste sino por el ejercicio del palo». Sólo el emperador-labrador Chun parece haber realizado el ideal de los agricultores chinos, pero ¿existió jamás de otro modo que como fenómeno de antropomorfismo?

La moral oficial del respeto absoluto de la familia y de la obligación constante del trabajo sólo es positiva para la masa de los «hijos del sol», representantes de la clase antigua, pero todos aquellos á quienes sus privilegios, su rango ó su fortuna permiten vivir á su gusto se han creado hace ya mucho tiempo una moral más amplia y más fácil: se exceptuaron de observar una estricta monogamia, y de tal modo se dispensaron de la práctica del trabajo, que se dejaron crecer las uñas, mostrando su incapacidad para trabajar con sus diez dedos, y mutilaron los pies de sus mujeres, incapacitándolas para dedicarse á los cuidados de la casa.

De ese modo la desigualdad de las clases, introducida por la usurpación de la propiedad común perpetrada por los poderosos, se

manifestó de la manera más evidente por la oposición de las morales respectivas y, como es justo, la tendencia á la unidad de concep-

N.º 225. Mares de China y del Japon.



ción y de vida produjo frecuentes conflictos entre las clases representantes de las dos morales. En la China antigua como en la moderna

han sido frecuentes las rebeldías, pero casi siempre, conformándose con el molde del pensamiento popular, tomaron por pretexto el respeto de los antepasados, la observancia de las tradiciones, el piadoso recuerdo de alguna dinastía caída. Hasta en plena revolución, los Chinos con-



Museo Guimet.

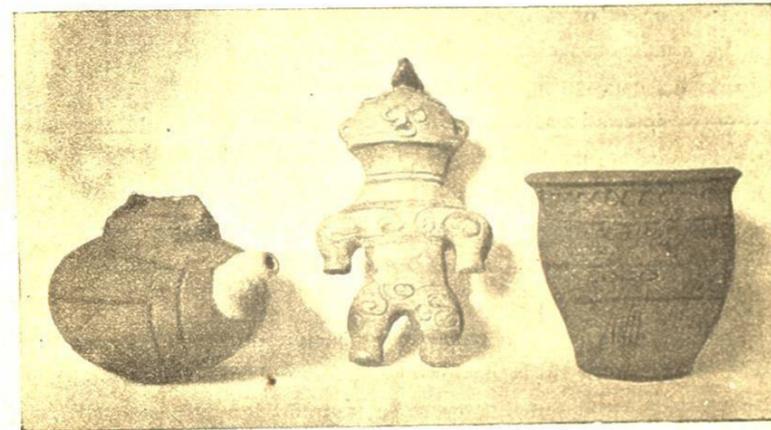
CACHARROS ARCAICOS HALLADOS EN LAS TUMBAS COREANAS

Cl. Giraudon.

servan más que los otros hombres, gracias á su naturaleza campesina, el espíritu de lealtad conservadora y la necesidad de agrupación. Las rebeldías parciales son raras, las protestas individuales son, por decirlo así, casi totalmente desconocidas. El descontento toma un carácter colectivo, y cuando estalla una revolución, propagada siempre por las sociedades secretas, la ebullición social se hace sentir en poco tiempo de un extremo al otro del mundo chino.

Por otra parte, los filósofos antiguos del Reino Florido habían reconocido también que á veces la insurrección es el más santo de los deberes, y, lo que es más, esta afirmación se halla textualmente en el último de los «Cuatro libros» ó Sse-chu, cuyo estudio es obligatorio en todas las escuelas del Imperio, aunque no forma parte de los cinco libros «canónicos». «Todos los hombres», dice Meng-

tse, denominado el «Filósofo Rígido», «todos los hombres son iguales; ¿por qué hay grandes y pequeños? Cuando los buenos manjares se preparan en las cocinas, cuando los establos se llenan de nobles caballos, mientras que el pueblo muere de hambre y cubre el camino con sus cadáveres, ¿verdad que es lo mismo que si estuviésemos gobernados por fieras que se complacieran en devorar los hombres? Y



Museo Guimet.

CACHARROS DE KOROBUROS, HABITANTES PRIMITIVOS DEL JAPÓN

Cl. Giraudon.

cuando el príncipe se une á las fieras, ¿puede llamársele padre de sus súbditos? ¿No tengo el derecho de tratarle como un bandido?» Y en otro pasaje: «El verdadero rebelde es el que ultraja la humanidad».

Se cuenta que un emperador de la dinastía de los Ming quiso retirar del programa clásico de los estudios las obras de Meng-tse, pero los letrados fueron en masa á protestar contra la voluntad imperial, precedidos por el primer ministro, que hizo llevar su ataúd delante de sí. Pero ¿no será esto una leyenda semejante á la historia de aquellos mandarines que, en número de 460, siguieron en las llamas al famoso Chu-King ó «Libro de los Anales», recogido por Confucio, cuando Chi-Hoang-ti ordenó la destrucción de todos los libros escritos antes que él existiera? — Quería, dicen unos, inspirado por la vanidad, hacer que recomenzara la evolución mundial á partir de